

ENSEÑANZA DEL DERECHO PROBATORIO HOP-FROG Y LA IMAGINACION (1)

DOCTOR JAIRO PARRA QUIJANO
Profesor de las Universidades
Externado y Nacional de Colombia

La enseñanza del derecho probatorio se ha reducido a enseñar los textos legales, a interpretarlos en sí mismos, a concordarlos, a elaborar unos ejemplos muy de laboratorio, escuetos, que en la vida real nunca ocurren precisamente por lo simples, por lo demasiado reales, cuando la vida real “es algo más que lo real”. La vida, el caso eminentemente humano que juzga el juez, es “infinitamente más extraña que cualquier cosa que pueda inventar la mente humana” (2).

El caso desnudo desprovisto de circunstancias (es decir de vestido) alimenta muy mal al alumno. Su imaginación se desnuda, se raquitiza, se hace estéril. Seguramente se robustece su lógica (pero en la simpli-

(1) Utilicemos el cuento de Edgar, ALLAN POE (1809-1849) titulado Hop-Frog, para sobre él trabajar la imaginación.

(2) “Si pudiéramos salir volando por esa ventana, cogidos de la mano, sobrevolar esta gran ciudad, levantar con cuidado los tejados y espiar las cosas raras que pasan, las extrañas coincidencias, las intrigas, los engaños, los prodigiosos encadenamientos *de circunstancias que se extienden de generación en generación y acaban conduciendo a los resultados más extravagantes*, nos parecería que las historias de ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones sabidas de antemano, son algo trasnochado e insípido”. —SIR ARTHUR CONAN DOYLE— Diálogos entre SHERLOCK HOLMES y WATSON... Un caso de identidad.

cidad), pero ésta sola sin imaginación es como músculo gigante en un solo brazo del cuerpo humano.

Es preferible (entre extremos) ser un poco lógico, pero con una gran imaginación. Si se tiene una gran lógica, sin imaginación, no se tendrá nunca material, sobre el cual trabajar y, aquella cumplirá una labor subalterna.

Cuando el abogado no puede imaginar, o tiene una imaginación estéril, no podrá encontrar solución al caso. Si imagina, después se preocupará por ordenar y desarrollar en forma lógica, la solución que imaginó. La lógica sin imaginación, sólo se nutrirá de "alpiste" y así no se pueden escalar las alturas.

OA Esa facilidad de imaginación para crear imágenes nuevas, tomando, utilizando, intercambiando elementos ya percibidos, debe ser alimentada con casos jurídicos, sobre todo exponiendo los hechos.

La lectura "rumiadora" de textos literarios completos, van entrenando y como consecuencia preparando la imaginación, para nuevas "aventuras". Las "nuevas aventuras" de la imaginación; las que permiten la invención, la fantasía y la originalidad que es el logro máximo a que aquella pueda aspirar y el aporte más grande que hace a la inteligencia. Tan cierta resulta la importancia de la imaginación que en ausencia de toda sensación externa, es la imaginación la que suministra la "materia prima" del pensamiento.

En 1849, apareció en el Magazín de Boston la Historia de HOP-FROG ("Salto de Rana" o "Rana Saltarina"). En resumen, Hop-Frog es un bufón de la corte. El rey se divierte con él no sólo a causa de sus ocurrencias graciosas, sino también porque el bufón es un enano y está tullido⁽³⁾. Lo cierto es que el enano no tenía en la corte del rey, sino una sola persona amiga, ya que a pesar de ser gracioso, no era querido. Esa amiga era otra enana de singular belleza, bailarina, llamada Trippetta. Ella muchas veces utilizó su gracia y dulzura para interceder por Hop-Frog. Un día que iba a celebrarse un baile de máscaras, el rey y sus siete ministros deliberaban sobre el traje que iban a usar y qué charada harían. Mandaron llamar a Hop-Frog y a Trippetta. El rey estaba de mal humor y ordenó que el enano bufón bebiere vino, sabiendo que a éste le causaba un gran daño y que lo tur-

(3) POE, Edgar Allan. *Walter Lenning*. Salvat, Barcelona. 1986.

baba y dañaba. “El enano temblaba y respiraba con dificultad. Trippetta se arrojó a los pies del rey para interceder por el sufrimiento del enano, pero aquél (el rey) derramó el contenido de la copa en su cara. La pobre niña se paró. El enano parecía recobrar el sentido, pareció que nunca hubiera bebido vino y propuso al rey y a sus ministros, una mascarada muy original. Efectivamente fue aceptada la propuesta del enano, por cuanto que en plena media noche aparecieron ocho orangutanes en el salón de baile encadenados unos a otros. En el techo del salón donde hasta antes de la fiesta había una lámpara, se dejó sólo el gancho del cual colgaba. Los orangutanes se acercaron al gancho de la lámpara, en el acto, el enano se apoderó de la cadena de los orangutanes tomándola en el punto donde se cortaban los dos diámetros que cruzaban el círculo en ángulo recto. Con gran rapidez insertó el gancho en la cadena y elevó a los orangutanes que quedaron cara a cara unos con otros y apretujados.

“El bufón trepando por la cadena, se encaramó sobre las nerviosas figuras y prendió fuego con una antorcha a los trajes de mono.

“El enano aprovechó la oportunidad para hablar. Ahora veo claramente quiénes son esos hombres —dijo— Son un gran rey y sus siete consejeros privados. Un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una niña indefensa, y a sus siete consejeros que consienten ese ultraje. En cuanto a mí no soy nada más que Hop-Frog, el bufón y ésta es mi última bufonada.

“Dada la elevada combustibilidad del lino y la brea que lo impregnaba, la venganza quedó consumada apenas hubo terminado el enano de pronunciar estas palabras”.

El cuento puede ser tomado como una alegoría, ⁽⁴⁾ la realidad, tirana, mantiene en esclavitud a la imaginación, la obliga a servir de bufón, hasta que ésta se venga de las más terrible manera.

Analícemos, pues el cuento:

(4) Aquí EDGAR ALLAN POE, se preocupa por quitarle a la realidad sutileza, delicadeza. La gordura del rey y sus secretarios y su afición a las chanzas voluminosas, exentas de sutileza, de ingenio, son la tarjeta de presentación de la realidad. Es una realidad gigante, abarcadora, invasora, en una palabra: Llena. Cuando dice que el rey hubiera preferido el Gargantúa de Rabelais al Zadig de Voltaire, afirma que se prefiere lo luminoso: La realidad a la sutileza, al talento, que es el material del Zadig de Voltaire.

“Jamás he conocido a nadie tan dispuesto a celebrar una broma como el rey, parecía vivir tan sólo para las bromas. La manera más segura de ganar sus favores consistía en narrarle un cuento donde abundaran las chuscadas y narrárselo bien. Ocurría así que sus siete ministros descollaban por su excelencia como bromistas. Todos ellos se parecían al rey por ser corpulentos, robustos y sudorosos, así como bromistas inimitables. Nunca he podido determinar si la gente engorda cuando se dedica a hacer bromas, o si hay algo en la grasa que predispone a las chanzas; pero la verdad es que un bromista flaco resulta una rara avis in terris.

“Por lo que se refiere a los refinamientos —o, como él los denominaba, los “espíritus” del ingenio—, el rey se preocupaba muy poco. Sentía especial admiración por el volumen de una chanza, y con frecuencia era capaz de agregarle gran amplitud para completarla. Las delicadezas lo fastidiaban. Hubiera preferido el Gargantúa de Rabelais al Zadig de Voltaire; de manera general, las bromas de hecho se adaptaban mejor a sus gustos que las verbales”.

y continúa el relato:

“En los tiempos de mi relato los bufones gozaban todavía del favor de las cortes. Varias “potencias” continentales conservaban aún sus “locos” profesionales, que vestían traje abigarrado y gorro de cascabeles, y que, a cambio de las migajas de la mesa real, debían mantenerse alerta para prodigar su agudo ingenio”.

“Nuestro rey tenía también su bufón. Le hacía falta una cierta dosis de locura, aunque más no fuera, para contrabalancear la pesada sabiduría de los siete sabios que formaban su ministerio... y la suya propia.

“Su “loco” o bufón profesional, no era tan sólo un loco. Su valor se triplicaba a ojos del rey por el hecho de que además era enano y cojo. En aquella época los enanos abundaban en las cortes tanto como los bufones, y muchos monarcas no hubieran sabido cómo pasar los días (los días son más largos en la corte que en cualquier otra parte) sin un bufon con el cual reírse y un enano de quien reírse. Pero, como ya lo he hecho notar, en el noventa y nueve por ciento de los casos los bufones son gordos, redondeados y de movimientos torpes, por lo cual nuestro rey se congratulaba de tener en Hop-Frog (que así se llama su bufón) “un triple tesoro en una sola persona”.

Los días de la realidad son a menudo “grises”, sin ninguna motivación. Los días se repiten como si fueran idénticos. Hace falta un momento

de locura, para que se rompa la monotonía. El enano representa la imaginación, que toma forma a través del humor, de la monería oportuna. Pero aquí la imaginación no cumple una mayor labor, sino sólo subalterna y casi se podría decir que ridícula. Se hace finalmente una especie de ironía de la imaginación cuando se dice: "Que Hop-Frog, era un triple tesoro en una sola persona".

"Creo que el nombre de Hop-Frog no le fue dado al enano por sus padrinos en el momento del bautismo, sino que recayó en su persona por el concurso general de los siete ministros, dado que le era imposible caminar como el resto de los mortales. En efecto, Hop-Frog sólo podía avanzar mediante un movimiento convulsivo —algo entre un brinco y un culebreo— movimiento que divertía interminablemente al rey y a la vez, claro está, le servía de consuelo, aunque la corte, a pesar del vientre protuberante y el enorme tamaño de la cabeza del rey, lo consideraba un dechado de perfección".

Obsérvese cómo, por fea que sea la realidad representada por el rey, es bien mirada, es mirada con generosidad. El rey y sus ministros (la realidad), se divertían del "caminado" del enano, es decir, de la imaginación.

"Pero si la deformación de las piernas sólo permitía a Hop-Frog moverse con gran dolor y dificultad en un camino o un salón, la naturaleza parecía haber querido compensar aquella deficiencia de sus miembros inferiores concediéndole una prodigiosa fuerza en los brazos, que le permitía efectuar diversas hazañas de maravillosa destreza, siempre que se tratara de trepar por cuerdas o árboles. Y mientras cumplía tales ejercicios se parecía mucho más a una ardilla o a un mono que a una rana".

Aquí también hay ironía, sólo que empieza a reconocer, así sea en forma estética que la imaginación sirve para subir, para escalar, manejada, como ya se dijo, a través de la figura ridícula del enano.

"No puedo afirmar con precisión de qué país había venido Hop-Frog. Se trataba, sin embargo, de una región bárbara de la que nadie había oído hablar, situada a mucha distancia de la corte de nuestro rey. Tanto Hop-Frog como una jovencita apenas menos enana que él (pero de exquisitas proporciones y admirable ballarina), habían sido arrancados por la fuerza de sus respectivos hogares, situados en provincias adyacentes, y enviados como regalo al rey por uno de sus siempre victoriosos generales."

"No hay que sorprenderse pues, de que en tales circunstancias se creara una gran intimidad entre los dos pequeños cautivos. Muy pronto llegaron a"

ser amigos entrañables. Hop-Frog, a pesar de sus continuas exhibiciones, no era nada popular, y no podía, por tanto, prestar mayores servicios a Trippetta; pero ésta, con su gracia y exquisita belleza —pese a ser una enana— era admirada y mimada por todos, lo cual le daba mucha influencia y le permitía ejercerla en favor de Hop-Frog, cosa que jamás dejaba de hacer.

“En ocasión de una gran solemnidad oficial (no recuerdo cuál) el rey resolvió celebrar un baile de máscaras. Ahora bien, toda vez que en la corte se trataba de mascaradas o fiestas semejantes, se acudía sin falta a Hop-Frog y a Trippetta, para que desplegaran sus habilidades. Hop-Frog, sobre todo, tenía tanta inventiva para montar espectáculos, sugerir nuevos personajes y preparar mascaradas para los bailes de disfraz, que se hubiere dicho que nada podía hacerse sin su asistencia”.

Trippetta representa la imaginación produciendo belleza, pero sólo eso y además en una forma pequeña, e intercediendo y nada más que eso, por Hop-Frog.

“Llegó la noche de la gran fiesta. Bajo la dirección de Trippetta habíase preparado un resplandeciente salón, ordenándolo con todo aquello que pudiera agregar éclat a una mascarada. La corte ardía con la fiebre de la expectativa. Por lo que respecta a los trajes y los personajes a representar, es de imaginarse que cada uno se había aprontado convenientemente. Los había que desde semanas antes preparaban sus roles, y nadie mostraba la menor señal de indecisión... salvo el rey y sus siete ministros. Me es imposible explicar porqué precisamente ellos vacilaban, salvo que lo hicieran con ánimo de broma. Lo más probable es que, dada su gordura, les resultara difícil decidirse. A todo esto el tiempo transcurría; entonces, como postrer recurso, mandaron llamar a Trippetta y a Hop-Frog.

“Cuando los dos pequeños obedecieron al llamado del rey, lo encontraron bebiendo vino con los siete miembros de su consejo; el monarca, sin embargo, parecía de muy mal humor. No ignoraba que a Hop-Frog le desagradaba el vino, pues producía en el pobre lisiado una especie de locura, y la locura no es una sensación agradable. Pero el rey amaba sus bromas y le pareció divertido obligar a Hop-Frog a beber y (como él decía) “a estar alegre”.

“Ven aquí, Hop-Frog... —mandó cuando el bufón y su amiga entraron en la sala— bébete esta copa a la salud de tus amigos ausentes —(Hop-Frog suspiró)— y veamos si eres capaz de inventar algo. Necesitamos personajes ¿entiendes? algo fuera de lo común, algo raro. Estamos cansados de hacer siempre lo mismo. Ven, bebe. El vino te avivará el ingenio.

“Como de costumbre, Hop-Frog trató de contestar con una chanza a las palabras del rey, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Sucedió que aquél día era el cumpleaños del pobre enano y la orden de beber a la salud de “sus amigos ausentes” hizo acudir las lágrimas a sus ojos. Grandes y amargas gotas cayeron en la copa mientras la tomaba, humildemente de manos del tirano.

“Ja, ja, ja, rió éste con todas sus fuerzas —¡ved lo que puede un vaso de buen vino! ¡Si ya le brillan los ojos!

“Pobre infeliz. Sus grandes ojos fulguraban en vez de brillar, pues el efecto del vino en su excitable cerebro era tan potente como instantáneo. Dejando la copa en la mesa con un movimiento nervioso, Hop-Frog contempló a sus amos con una mirada casi insana. Todos ellos parecían divertirse muchísimo con la “broma” del rey.

“Y ahora ocupémonos de cosas serias —dijo el primer ministro— que era un hombre muy gordo.

“Sí —aprobó el rey— Ven aquí, Hop-Frog y ayúdanos. Personajes, querido muchacho, personajes es lo que necesitamos... ja, ja, ja....

“Y como sus palabras pretendían ser una nueva chanza los siete las celebraron a coro.

“También rió Hop-Frog, aunque débilmente y como si estuviera distraído. Vamos, vamos —dijo impaciente el rey— ¿no tienes nada que sugerirnos?

“Estoy tratando de pensar en algo nuevo —repuso vagamente el enano, a quien el vino había confundido por completo—.

“¡Tratando! —gritó furioso el tirano— ¿Qué quieres decir con eso? ¡Ah! ya entiendo, estás melancólico y te hace falta más vino. ¡Toma, bebe esto —y llenando otra copa la alcanzó al lisiado, que no hizo más que mirarla, tratando de recobrar el aliento—. Bebe, te digo —aulló el monstruo— o por todos los diablos que...!

“El enano vaciló mientras el rey se ponía púrpura de rabia. Los cortesanos sonreían bobamente. Pálida como un cadáver, Trippetta avanzó hasta el sitio del monarca y, cayendo de rodillas le imploró que dejara en paz a su amigo.

“Durante unos instantes el tirano la miró lleno de asombro ante tal audacia. Parecía incapaz de decir o de hacer algo... de expresar adecuadamente su indignación. Por fin, sin pronunciar una sílaba la rechazó con violencia y le tiró a la cara el contenido de la copa.

“La pobre niña se levantó como pudo y, sin atreverse a suspirar siquiera, volvió a su sitio a los pies de la mesa.

“Durante casi un minuto reinó un silencio tan mortal que se hubiera escuchado caer una hoja o una pluma.

“Aquél silencio fue interrumpido por un áspero y prolongado rechinar, que parecía venir de todos los ángulos de la sala al mismo tiempo.

“¿Qué... qué es ese ruido que estás haciendo? —preguntó el rey volviéndose furioso hacia el enano—.

“Este último parecía haberse recobrado en gran medida de su embriaguez y, mientras miraba fija y tranquilamente al tirano en los ojos, respondió: ¿Yo? yo no hago ningún ruido. Parecía como si el sonido viniera de afuera —observó uno de los cortesanos... Se me ocurre que es el loro de la ventana, que se frotaba el pico contra los barrotes de la jaula— Eso ha de ser —afirmó el monarca, o como si la sugestión lo aliviara grandemente— pero hubiera jurado por el honor de un caballero que el ruido lo hacía este imbécil con los dientes.

“Al oír tales palabras el enano se echo a reír (el rey era un bromista demasiado empedernido para oponerse a la risa ajena), mientras dejaba ver unos enormes, poderosos y repulsivos dientes. Lo que es más, declaró que estaba dispuesto a beber todo el vino que quisiera su majestad, con lo cual éste se calmó enseguida. Y luego de apurar otra copa sin efectos demasiado perceptibles, Hop-Frog comenzó a exponer vivamente sus planes para la mascarada.

“No puedo explicarme la asociación de ideas —dijo tranquilamente y como si jamás en su vida hubiese bebido vino—, pero apenas vuestra majestad empujó a esa niña y le arrojó el vino a la cara, apenas hubo hecho eso, y en momentos en que el loro producía ese extraño ruido en la ventana, se me ocurrió una diversión extraordinaria... una de las extravagancias que se hacen en mi país, y que con frecuencia se llevan a cabo en nuestras mascaradas. Aquí será completamente nuevo. Lo malo es que hace falta un grupo de ocho personas, y...”

Si nos guiamos por la línea trazada inicialmente que se trata de una alegoría, estas últimas afirmaciones están dentro del contexto general, pero se puede ensayar otro tipo de interpretación siguiendo el tenor del texto: La imaginación se pone al servicio de la venganza. La necesidad de que ésta sea lograda, surge cuando el rey ofende al único ser que estima y en cierta forma respeta Hop-Frog: La enana Trippetta.

Es fulmínea la ayuda que la imaginación le presta al propósito de *venganza*. El propósito y el diseño que proporciona la imaginación surgen casi a un mismo tiempo. Es tan poderosa la impresión que se produce en el enano que recobra su juicio, pero éste ya alimentado por la venganza y auxiliado por la imaginación.

Continúa el narrador: **“¡Pues aquí estamos! —exclamó el rey, riendo ante su agudo descubrimiento de la coincidencia— ¡Justamente ocho! ¡Yo y mis ministros! Vamos, ¿en qué consiste esa diversión? la llamamos —repuso el enano— Los Ocho Orangutanez Encadenados, y si se la representa bien, resulta extraordinaria.**

“Nosotros la representaremos bien —observó el rey, enderezándose y alzando las cejas—.

“Lo divertido de la cosa —continuó Hop-Frog— está en el espanto que produce entre las mujeres.

“Magnífico —gritaron a coro el monarca y su Consejo—.

“Yo os disfrazaré de orangutanes —continuó el enano— Dejadlo todo por mi cuenta. El parecido será tan grande, que los asistentes a la mascarada os tomarán por bestias de verdad... y, como es natural, sentirán tanto terror como asombro.

“¡Exquisito —exclamó el rey— Hop-frog, yo haré un hombre de tí!

“Usaremos cadenas para que su ruido aumente la confusión, haremos correr el rumor de que os habías escapado en masa de vuestras jaulas. Vuestra majestad no puede imaginar el efecto que en un baile de máscaras causan ocho orangutanes encadenados, los que todos toman por verdaderos, y que se lanzan con gritos salvajes entre las damas y caballeros delicada y lujosamente ataviados. El contraste es inimitable.

“Así debe ser —declaró el rey, mientras el Consejo se levantaba precipitadamente (se hacía tarde) para poner en ejecución el plan de Hop-Frog—.

“La forma en que procedió éste a fin de convertir a sus amos en orangutanes era muy sencilla, pero suficientemente eficaz para lo que se proponía. En la época en que se desarrolla mi relato, los orangutanes eran poco conocidos en el mundo civilizado, y como las imitaciones preparadas por el enano resultaban suficientemente bestiales y más que suficientemente horrosas, nadie pondría en duda que se trataba de una exacta reproducción de la naturaleza.

“Ante todo el rey y sus ministros vistieron ropa interior de tejido elástico y sumamente ajustado. Se procedió inmediatamente a untarlos con brea. Alguien del grupo sugirió cubrirse de plumas, pero esta idea fue rechazada al punto por el enano, quien no tardó en convencer a los ocho bromistas, mediante demostración práctica, que el pelo de orangután puede imitarse mucho mejor con lino. Una capa de éste último fué por tanto aplicada sobre la brea. Buscóse luego una larga cadena. Hop Frog la pasó por la cintura del rey y la aseguró; enseguida hizo lo propio con otro grupo, y luego con el resto. Completados los preparativos, los integrantes se apartaron lo más posible unos de otros, hasta formar un círculo, y, para dar a la cosa su apariencia más natural, Hop Frog tendió el sobrante de la cadena formando dos diámetros en el círculo, cruzados en ángulo recto, tal como lo hacen en la actualidad los cazadores de chimpancés y otros grandes monos en Borneo”.

Obsérvese que si se toma la perspectiva de que se trata de una venganza real y no de una alegoría, la manera minuciosa y casi “sublime”, como el enano prepara la venganza, participando en forma activa y deleitándose con el comportamiento de sus futuras víctimas. Qué placer tan extraño, pero alimentado por el odio, el propósito de venganza.

“El vasto salón donde iba a celebrarse el baile de máscaras era una estancia circular, de techo muy elevado y que sólo recibía la luz del sol a través de una claraboya, situada en su punto más alto. De noche (momento para el cual había sido especialmente concebido dicho salón) se lo iluminaba por medio de un gran lustro que colgaba de una cadena procedente del centro del tragaluz, y que se hacía subir y bajar por medio de un contrapeso, según el sistema corriente; sólo que, para que dicho contrapeso no se viera, hallábase instalado del otro lado de la cúpula, sobre el techo.

“El arreglo del salón había sido confiado a la dirección de Trippetta, pero, por lo visto, ésta se había dejado guiar en ciertos detalles por el más sereno discernimiento de su amigo el enano. De acuerdo con sus indicaciones, el lustro fue retirado. Las gotas de cera de las bujías (que en esos días calurosos resultaba imposible evitar) hubieran estropeado las ricas vestiduras

de los invitados, quienes, debido a la multitud que llenaría el salón, no podían mantenerse alejados del centro, o sea debajo del lustro. En su reemplazo se instalaron candelabros adicionales en diversas partes del salón, de modo que no lo molestaran, a la vez que se fijaban antorchas que despedían agradable perfume en la mano derecha de cada una de las cariátides que se erguían contra las paredes, y que sumaban entre cincuenta y sesenta”.

No cabe duda que la serenidad del enano, surgía de la representación que se hacía del resultado, el cual le producía fascinación. Trippetta se había dejado seducir ya, por el imperio de la venganza. Trippetta estaba cargada del dolor del enano y del propio.

Si creemos que es una alegoría, la imaginación (los dos enanos) es para algunos algo insignificante, parece no tener importancia y por ello a pesar de ser tenida en tan poca valía, se venga de una forma brutal.

“Siguiendo el consejo de Hop Frog, los ocho orangutanes esperaron pacientemente hasta medianoche, hora en que el salón estaba repleto de máscaras, para hacer su entrada. Tan pronto se hubo apagado la última campanada del reloj, precipitáronse —mejor, rodaron juntos— ya que la cadena que trataba sus movimientos hacía caer a la mayoría y trastabillar a todos mientras entraban en el salón.

“El revuelo producido en la asistencia fue prodigioso y llenó de júbilo el corazón del rey. Tal como se había anticipado, no pocos invitados creyeron que aquellas criaturas de feroz aspecto eran, si no orangutanes, por lo menos verdaderas bestias de alguna otra especie. Muchas damas se desmayaron de terror y si el rey no hubiera tenido la precaución de prohibir toda portación de armas en la sala, la alegre banda no habría tardado en expiar sangrientamente su extravagancia. A falta de medios de defensa, prodújose una carrera general hacia las puertas; pero el rey había ordenado que fueran cerradas inmediatamente después de su entrada, y siguiendo una sugestión del enano, las llaves le habían sido confiadas a él.

“Mientras el tumulto llegaba a su apogeo y cada máscara se ocupaba tan sólo de su seguridad personal (pues ahora había verdadero peligro a causa del apretujamiento de la excitada multitud) hubiera podido advertirse que la cadena de la cual colgaba habitualmente el lustro, y que había sido remontada al prescindirse de aquél, descendía gradualmente hasta que el gancho de su extremidad quedó a unos tres pies del suelo.

“Poco después el rey y sus siete amigos, que habían recorrido haciendo esos todo el salón, terminaron por encontrarse en su centro y, como es natural, en contacto con la cadena. Mientras se hallaban allí, el enano, que no se apartaba de ellos y los incitaba a continuar la broma, se apoderó de la cadena de los orangutanes en el punto de intersección de los dos diámetros que cruzaban el círculo en ángulo recto. Con la rapidez del rayo insertó allí el gancho del cual colgaba antes el lustro; en un instante, y por obra de una intervención desconocida, la cadena del lustro subió lo bastante para dejar el gancho fuera del alcance de toda mano y, como consecuencia inevitablemente, arrastró a los orangutanes unos contra otros y cara a cara.

“A esta altura, los invitados iban recobrándose en parte de su alarma y comenzaban a considerar todo aquello como una estupenda broma, por lo cual estallaron risas estentóreas al ver la desgarbada situación en que se encontraban los monos.

“¡Dejádmelos a mí! —gritó entonces Hop Frog, cuya voz penetrante se hacía escuchar fácilmente en medio del estrépito— ¡Dejádmelos a mí! Me parece que los conozco, si solamente pudiera mirarlos más de cerca, pronto podría decirlos quiénes son!

“Trepano por sobre las cabezas de la multitud, consiguió llegar hasta la pared, donde se apoderó de una de las antorchas que empuñaban las cariátides. En un instante estuvo de vuelta en el centro del salón y, saltando con agilidad de simio sobre la cabeza del rey, encaramose unos cuantos pies por la cadena, mientras bajaba la antorcha para examinar el grupo de orangutanes y gritaba una vez más: ¡Pronto podré decirlos quiénes son!

“Y entonces mientras todos los presentes (incluidos los monos) se retorcián de risa, el bufón lanzó un agudo silbido; instantáneamente, la cadena se remontó con violencia a una altura de treinta pies, arrastrando consigo a los aterrados orangutanes, que luchaban por soltarse, y los dejó suspendidos en el aire, a media altura entre la claraboya y el suelo. Aferrado a la cadena, Hop Frog seguía en la misma posición, por encima de los ocho disfrazados, y, como si nada hubiese ocurrido, continuaba acercando su antorcha fingiendo averiguar de quiénes se trataba.

“Tan estupefacta quedó la asamblea ante esta ascensión, que se produjo un profundo silencio. Duraba ya un minuto, cuando fue roto por un áspero y profundo rechinar, semejante al que había llamado la atención del rey y sus consejeros después de que aquél hubo arrojado el vino a la cara de Trippetta. Pero en esta ocasión no cabía duda de dónde procedía, el

sonido venía de los dientes, semejantes a colmillos de fiera; rechinaba mientras de su boca brotaba la espuma, y sus ojos, como los de un loco furioso, se clavaban en los rostros del rey y sus siete compañeros— ¡Ya veo quiénes son!

Y entonces, fingiendo mirar más de cerca al rey, aplicó la antorcha a la capa de lino que lo envolvía y que instantáneamente se llenó de lívidas llamaradas. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían horriblemente entre los alaridos de la multitud, que los miraba desde abajo aterrada, y que nada podía hacer para prestarles ayuda.

“Por fin, creciendo en su violencia, las llamas obligaron al bufón a encaramarse por la cadena para escapar a su alcance; al ver sus movimientos, la multitud volvió a guardar silencio. El enano aprovechó la oportunidad para hablar una vez más: Ahora veo claramente quiénes son esos hombres —dijo— Son un gran rey y sus siete consejeros privados. Un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una niña indefensa y sus siete consejeros, que consienten ese ultraje. En cuanto a mí, no soy nada más que Hop Frog, el bufón... y ésta es mi última bufonada.

“A causa de la alta combustibilidad del lino y la brea, la obra de venganza quedó cumplida apenas el enano hubo terminado de pronunciar estas palabras. Los ochos cadáveres colgaban de sus cadenas en una masa irreconocible, fétida, negruzca, repugnante. El Bufón arrojó su antorcha sobre ellos y luego, trepando tranquilamente hasta el techo, desapareció a través de la claraboya.

“Se supone que Trippetta instalada en el tejado del salón, fue cómplice de su amigo en su ígnea venganza, y que ambos escaparon conjuntamente a su país, ya que jamás se les volvió a ver”.

La venganza para sí, interiorizada, como especie de protuberancia hacia adentro, no satisface a quien la ejerce. Quien se alimenta de la venganza quiere que la víctima sepa que el acontecimiento dañino fue producto de ella, porque esto es lo que le da la tonalidad y la satisfacción al vengador, pero además, que quede impune, que no haya castigo. No hay para el vengador, satisfacción con aquélla, cuando sufre una pena. Por eso se explica que el enano enrostre al rey en forma indirecta la ofensa que hizo a Trippetta cuando dice: “Un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una niña indefensa, y sus siete consejeros, que consienten ese ultraje”.

También se puede interpretar que la imaginación, cuando trabaja, cuando obra, deja estupefacta a la gente acostumbrada a la inmediatez, a lo cotidiano, a lo que no exige el vuelo en alas de la imaginación (fantasía): "Tan estupefacta quedó la asamblea ante esta ascensión, que se produjo un enorme silencio"; que la imaginación despreciada por muchos, puede destruir la realidad, hacerla ver peor de lo que a veces es; que la imaginación tiene dientes, que incide en la vida, que la transforma.

Sea una alegoría o no, lo cierto es que el relato de Hop-Frog es un muy buen ejercicio de la imaginación.

JAIRO PARRA QUIJANO